

La educación y la formación de valores

Francisco Lara

Estas II Jornadas de Valores y Juventud nos han permitido asistir a un análisis de los valores y de su formación desde los ámbitos de la Filosofía, la Sociología, la Antropología, la Psicología y la Familia, a través de las exposiciones de los destacados académicos que han presentado sus puntos de vista sobre esas materias en las sesiones anteriores.

Será nuestro propósito principal analizar algunas ideas que permitan integrar estos enfoques, orientarlos a la educación, en particular al nivel medio, y proponer algunos criterios y estrategias aplicables al desarrollo de los valores.

La familia es la realidad primera en que se inicia el proceso de incorporación del niño a la sociedad y que comprende la formación de valores que, posteriormente, la educación reafirmará y ampliará. En una sociedad de lento devenir esta tarea de los padres y adultos del medio familiar era relativamente fácil, pues se disponía de tiempo y oportunidades para hacerlo, y el mundo y la sociedad parecían estables, lo que les daba a éstos atributos de permanencia.

Se hace cada día más evidente que la primera ley del universo es el cambio, ya que en los últimos cincuenta años de este siglo han sucedido transformaciones en el mundo, no previstas en épocas anteriores, que han hecho que los pensadores coincidan en que en este período se han producido más cambios en el mundo que en cualquier lapso igual de la historia de la humanidad. El avance de la ciencia y la tecnología nos han hecho presenciar en el breve período de nuestras vidas el desarrollo de la era del espacio, la era atómica, la era termonuclear, la era de la computación y la era de las telecomunicaciones. La velocidad máxima alcanzada por el hombre alrededor de 1940 no era superior a los 800 km por hora, ahora sobrepasa los 40.000 km por hora. En la práctica, el mundo se ha reducido de tamaño en más de cincuenta veces. Los cambios no han sido sólo en estos ámbitos tecnológicos, pues también hemos presenciado el término de la colonización europea y la completación de los nacionalis-

mos; el ecumenismo que ha logrado la unidad del cristianismo después del cisma de más de un milenio entre católicos y ortodoxos; en salud se han logrado avances no previstos en la eliminación de enfermedades que diezmaron el mundo en épocas anteriores. A comienzos del siglo, no más de un tercio de la población mundial sabía leer y escribir; hoy solamente un tercio no lo sabe. Los avances en comunicación han permitido que hoy efectivamente el saber y la ciencia sean universales.

La educación debe insistir en que lo importante es el hombre, la vida humana, que es el único vínculo permanente ante el cambio, y que se debe educar para la vida del futuro, porque en ése se desenvolverá el estudiante de hoy y no hay certeza alguna en las características y dimensión del cambio en el futuro.

Las transformaciones en el mundo han tenido repercusiones innegables en la familia y la educación; la reducción progresiva del tamaño del grupo familiar y la incorporación cada vez mayor de ambos padres al medio laboral, no contribuyen a dar estabilidad al niño, a satisfacer plenamente sus necesidades emocionales ni a una formación de valores consecuente con los sentimientos de los padres.

Los medios de comunicación social de creciente impacto en todos los ámbitos de la sociedad, tanto en la información como en la entretención, están orientados a captar el interés de los adultos, y no a enseñar, lo que hace que presenten de manera atractiva y realista una gama de valores confusa, destinada a satisfacer sus propios fines, los que dan como resultado que el niño no tenga cómo entender qué es bueno o malo, cierto o falso, justo o injusto, bello o feo, cuando la familia está ausente para aclararlo o tampoco el adulto que le acompaña tiene claridad propia al respecto.

La educación elemental, tradicionalmente muy ligada a valores religiosos o laicos, se ha distanciado de éstos en las últimas décadas y se aprecia la tendencia a limitarse a no enseñar más que hechos, a falta de consenso acerca de cuáles de éstos enseñar y ante el riesgo de comprometerse personalmente en tiempos difíciles.

La educación, entonces, se presenta en la instancia más tradicional y conservadora, que es la transmisión del patrimonio cultural, previamente depositado en libros, al depósito de conocimientos de los alumnos, su memoria, por la intermediación de la memoria de los docentes, poniendo el énfasis centrado en la enseñanza y el profesor.

La actitud del docente, en consecuencia, asume características similares a la que es natural en los padres, y que es "decirles a los menores qué hacer", "cómo", "cuándo", "dónde", "con qué frecuencia" y "cuándo dejar de hacerlo", con lo cual solamente se aumentan las múltiples y contradictorias indicaciones que difunden los medios de comunicación, y las contradicciones frecuentes entre lo que dicen y hacen los adultos.

Nadie parece preocuparse de la necesidad del niño de poner orden

en esta confusión, de examinar estos variados estímulos y de ayudarlo a seleccionar entre ideas tan contradictorias e incongruentes.

El adulto actúa como si los niños no fuesen personas capaces de comprender, a su nivel, el mundo que les rodea y como si no necesitaran, al igual que ellos, buscar un sentido y dar significado a su experiencia. El menor debe compartir las aspiraciones, sentimientos, ideas y prejuicios de los adultos, sin tener su experiencia y sin que éstos se tomen, generalmente, el tiempo para expresarlas. Esta forma de relación autocrática y unidireccional tiende a ser fluida y aceptable para el adulto hasta que llega la adolescencia de los menores, que es el período en que se presentan las "crisis de comunicación" que presenciamos a diario, porque el menor no acepta la continuación de este diálogo unidireccional, y quiere encontrar por sí mismo el sentido de su experiencia.

Las distintas formas de persuasión que se emplean permanentemente para la formación de los valores han logrado más éxito en las palabras que en los hechos, porque eluden la naturaleza intrínseca de los valores, que son personales, y que no pueden tener importancia si no son aceptados libremente por cada individuo y no influyen en la vida de quien los posee.

Se puede plantear la interrogante de cuál es el rol de la educación, más concretamente el rol del educador, en la formación de valores, cuando éstos vienen formados por la familia y el medio externo al establecimiento educacional, son además de naturaleza personal y la persuasión no jugaría un papel tan relevante en su definición.

La educación tiene un rol muy importante, el cual es desarrollar en el educando habilidades de análisis de su experiencia, de su pensamiento y de sus sentimientos, que le permitan, en un mundo cambiante y confuso, encontrar el rumbo que guíe su existencia y establecer criterios para seleccionar y decidir qué hacer con su tiempo, su energía y su propia vida, tanto hoy como mañana.

El educador no puede imponer sus valores a los educandos, pues estos valores son básicamente el producto de su particular interpretación de la realidad que, siendo válidos y legítimos para él, no necesariamente tienen las características de universalidad que les atribuye. No podemos más que respetar los valores que el educando tiene, como punto de partida, para que, a través de un análisis personal y ante más y mejores alternativas, éstos cimenten o modifiquen sus propios valores.

Los valores nos interesarán fundamentalmente no como definiciones abstractas, sino como el producto del aprendizaje de conductas a demandas de situaciones en conflicto que, al igual que todo aprendizaje, están en permanente proceso de puesta a prueba. No son verdades sacadas de un libro, sino que el resultado de forjar un modo de vida en ciertas formas, ante las alternativas que nos ofrece la experiencia, y su propósito

es servir tan eficazmente como sea posible para establecer relaciones satisfactorias e inteligentes con el mundo que nos rodea.

La educación puede contribuir activamente a lograr que los estudiantes clarifiquen sus valores, para lo cual vamos a exponer sucintamente las ideas propuestas por el autor Louis Rath y colaboradores, de quienes hemos obtenido el anexo que se adjunta, concentrando nuestra atención en el proceso de formación de valores, por cuanto éste nos permite comprender el rol que podemos asumir los educadores y sirve de base para el desarrollo de criterios y estrategias para la acción.

El proceso de formación de valores se basa en los siguientes criterios, que en suma definen un valor. Son estas siete exigencias las que constituyen un valor y deben estar todas ellas presentes para que una creencia, idea o concepto, adquiera la categoría de un valor.

- | | |
|------------|--|
| Selección: | 1. Libre |
| | 2. Entre varias alternativas |
| | 3. Después de considerar las consecuencias |
| Aprecio: | 4. Estimar la selección efectuada |
| | 5. Confirmar esta selección |
| Acción: | 6. Actuar de acuerdo con la selección |
| | 7. Repetir o aplicar en toda oportunidad. |

Para que la persona considere valiosos los principios, ideas o normas, que constituyen sus valores, éstos deben ser escogidos libremente, sin que medie presión o amenaza. La presión o amenaza será siempre transitoria y no producirá un efecto permanente en la persona, sino una adecuación temporal e inteligente de su conducta, hasta que la presión disminuya o se ausente.

La selección debe hacerse considerando las alternativas posibles y las consecuencias que éstas producirán. Si no hay alternativas, o las que se proponen son irreales, falsas o imposibles de cumplir, no habrá realmente una selección. Los estudiantes no tienen, al igual que los profesores, más alternativa que cumplir con las normas de disciplina, aseo personal, presentación, etc., que impone el establecimiento educacional, pero al no haber compromiso personal con éstas, su efecto es transitorio y su resultado es errático.

Cuando se internaliza un valor, la persona se compromete con éste, le aprecia y disfruta de éste, y se siente orgullosa de poseerlo. Al mismo tiempo quiere a las cosas o situaciones relacionadas con su valor, hasta el punto de no dudar en declararlo públicamente y luchar por él, si es necesario. La posesión de un valor se siente como la posesión de un don que produce una sensación de plenitud.

Este valor que poseemos, que hemos escogido libremente y que apreciamos, se refleja en nuestra conducta y la afecta, pues no sólo hablamos de él, ya que en este caso sería más bien una "idea", sino que actuamos conforme a éste en forma frecuente y persistente, sirviendo de guía a nuestra conducta.

En el medio educacional encontramos a cada instante "indicadores de valores", que no cumplen con las siete exigencias antes descritas, pero tienen el potencial de poder hacer surgir valores en algún momento, especialmente si los docentes aprovechamos su existencia para ayudar a desarrollarlos en forma plena.

Las metas, propósitos y aspiraciones expresadas por los estudiantes son la manifestación de sus deseos, a corto o largo plazo, que si se ayudan a clarificar y cimentar pueden llegar a convertirse en valores. Los intereses y las actitudes hacen suponer la existencia de ciertos valores, pero son usualmente expresiones transitorias que no decantan por falta de oportunidad para analizarlos y concretarlos como valores.

Las creencias no siempre se traducen en valores personales, sino en la satisfacción de motivaciones relacionadas con la familia y el medio externo a la educación, pero pueden llegar a tornarse en valores cuando se establece un compromiso personal.

Las actividades que desarrolla una persona pueden señalar la orientación de algunos valores potenciales, pero es necesario tener presente que estas actividades, muchas veces, tienden más a satisfacer necesidades personales que a ser una indicación indiscutible de un valor.

Quien desee y decida ayudar a otras personas a adquirir o a revisar sus valores debe comenzar por dejar de lado cualquier intención de convencer, persuadir o imponer sus propios puntos de vista o valores, pues su labor principal será ayudar a examinar libremente las alternativas y consecuencias que implican los distintos modos de acción. Deberá ayudar a descubrir otras alternativas y a reflexionar sobre las consecuencias de éstas, a buscar en su experiencia los elementos que fundamentan su acción presente, y a pensar en las cosas y situaciones que aprecian o disfrutan.

Los procedimientos tradicionales para la formación de valores se han basado en distintas formas de persuasión que implican en diferentes grados, una imposición de mis valores a los demás; el ejemplo de mi conducta en sus formas más inflexibles; la argumentación a favor de una sola alternativa y la descalificación más decidida de cualesquiera otras; la imposición de reglas y dogmas, no sólo en el plano de la fe, sino dando ese carácter a hechos simples y cotidianos; y la actitud de defensa emotiva que apela a la conciencia y hace sentirse culpable a quien no sigue mis principios, son todos procedimientos excluyentes que se pretende justificar con la idea que la madurez e inexperiencia del menor impedirá

que éste seleccione por sí mismo valores adecuados, sin riesgo de graves errores, y que permitir un análisis de éstos, no sólo tomaría demasiado tiempo, sino que los haría más ingobernables y nos podría crear conflictos con la familia y el sistema escolar. Puede apreciarse que todas estas nociones excluyen la experiencia del menor, sea niño o adolescente, y su capacidad personal de pensar y decidir.

La estrategia básica para la formación y clarificación de valores descansa en un método, probado en psicoterapia y orientación, que consiste en responder a lo que se dice o se hace, haciendo meditar a la persona sobre lo que piensa o hace, sin criticarla. Esta "respuesta clarificativa" es permisiva y estimulante, alienta a examinar y a pensar las ideas o sus expresiones, evitando criticar, moralizar o señalar los errores. La responsabilidad de examinar las ideas, pensar y decidir recae en quien las expresa y no en quien lo escucha.

En este caso se propone como procedimiento un diálogo breve, de efecto acumulativo, que no trata de lograr cambios sorprendentes en muy corto plazo, sino más bien en una acción sostenida y de apariencia simple. No es una discusión o diálogo extenso a puerta cerrada, sino un diálogo breve que se puede dar en un pasillo y que deja una inquietud para meditar lo dicho o lo hecho. Raths propone treinta respuestas clarificativas, que se indican en el anexo, que son respuestas interrogantes, porque no se critica ni evalúa lo expresado, sino se refleja en forma de pregunta a quien inició el diálogo, para que se dé cuenta de lo que implica y medite sobre su significado personal.

Esta forma de respuesta no es mecánica, debe usarse en forma creativa y circunstancial, todas las veces que sea posible, sin perder de vista su propósito de ayudar al estudiante a clarificar sus creencias, actitudes, propósitos y sentimientos, áreas donde no existen respuestas exactas, como son las preguntas relacionadas específicamente con una disciplina, sino corresponden a una apertura al diálogo, por parte del docente, y a una clarificación de su pensamiento y sentimiento, por parte del alumno.

El empleo de la respuesta clarificativa no sólo implica usar una estrategia eficiente, probada y accesible, sino también implica un cambio de actitud del docente en la relación con el alumno, una manera diferente de enfocar el diálogo, no desde el punto de vista de la autoridad al subordinado, sino de una persona con más experiencia a otra persona con menos experiencia, que merece atención y respeto.

Otra estrategia para clarificar valores es la "hoja de valores" que es una de las contribuciones más importantes de Raths a esta materia. La hoja de valores consiste básicamente en un texto o declaración escrita, obtenido de cualquier tipo de libro o documento de carácter científico, literario, filosófico o de entretenimiento, y que se refiere a alguna situación o descripción relacionada con algún valor, al cual el docente

agrega un conjunto breve de preguntas que inciten a pensar o a analizar dicho texto desde el punto de vista personal. El alumno responderá a estas preguntas con sus propios sentimientos y pensamientos al respecto, en forma individual, ya sea en aula o en su hogar, sin recibir una calificación por sus respuestas.

El propósito de éstas exige la ausencia de calificación para evitar que el alumno trate de adecuar sus respuestas a cánones esperados, en lugar de expresar su pensamiento verdadero y su posición ante la situación descrita. El profesor deberá leer estas hojas de valores, agregándoles comentarios, preferentemente en la forma de nuevas preguntas, que contribuyan a la clarificación de las ideas expresadas por el alumno. Esto implica un trabajo extra para el profesor, pues en algún lapso deberá devolver estas hojas con sus indicaciones y preguntas, para que el alumno reciba esta forma de diálogo escrito que contribuirá a aclarar más su pensamiento y a definir sus valores.

Es muy importante evitar que las respuestas de un alumno puedan servir para comentarios críticos o burlones por parte de sus compañeros, por lo cual es altamente conveniente mantener la reserva de la identidad de quien emite una opinión, por lo menos hasta que el grupo madure y pueda tratarlas sin que éstos se produzcan, por lo cual se recomienda devolver los trabajos directamente a cada uno de los interesados, lo cual además alentará el diálogo directo.

Las respuestas de las hojas de valores, ya sea en la versión descrita, o en una más breve, que consiste en una declaración interesante respecto de algún valor acerca de la cual se solicita a los alumnos que efectúen un análisis libre por escrito, sirven como una fuerte motivación interna para la relación entre alumno y docente. Cuando los temas, además, están relacionados con las materias programáticas y la toma de decisiones personales en materias educacionales y vocacionales, este efecto se incrementa notoriamente y tiende a traspasarse aún a otras asignaturas, modificando la actitud básica del alumno hacia sus estudios.

Otra versión de estos documentos con el mismo propósito son las "hojas de pensamiento". En éstas se solicita al estudiante que escriba cualquier pensamiento relacionado consigo mismo, con sus valores, con sus relaciones con los demás, que ocurran durante una semana y los entregue al comienzo de la semana siguiente para que el profesor los examine. Tienen la ventaja de ser, en general, más cortos que las respuestas a la hoja de valores, y su temática muy rica y variada.

El docente puede emplear las respuestas a cualesquiera de los medios antes indicados, para leer algunas de ellas ante la clase, exhibirlas a los alumnos, todo esto sin indicar su autor, especialmente cuando se ofrecen alternativas interesantes que aclaran un problema específico o se centran en un tema; puede darlas a un comité de alumnos para que

analicen un problema, y propongan alternativas de solución, y pueden, además, emplearse como base para una discusión de grupo con propósitos de formación y clarificación de valores.

La discusión de grupo con fines de formación y clarificación de valores presenta marcadas diferencias de esta técnica cuando se emplea con propósitos de aprendizaje. En las discusiones para fines de aprendizaje el docente debe señalar los errores, indicar medidas que corrijan los resultados y emitir su opinión evaluando el desarrollo, tanto de la actividad del grupo como de los resultados netos obtenidos por éste. En la discusión valorativa el docente no debe emitir juicios ni proponer medidas correctivas, incluso puede dejar al grupo que trabaje solo. No hay en esta actividad de grupo ni conclusiones, ni consenso, ni evaluación; cuando más, se propone que alguno de sus miembros resuma los puntos de vista expresados por la gama de opiniones representadas en éste. No debe permitirse que se ejerza presión sobre las opiniones discrepantes, pues el propósito de esta discusión no es emitir juicios, sino ayudar a analizar alternativas y sus consecuencias para que cada persona decida cuál es su propia decisión en la materia.

La honestidad, la consecuencia entre lo que se expresa y lo que se hace, y el respeto irrestricto por la opinión de cada uno, son las reglas básicas de la discusión valorativa, no el cumplimiento de las metas del grupo ni la búsqueda del consenso.

La honestidad también debe estar presente en el docente, el cual debe expresar claramente por qué no se atreve a abordar algunos temas, o por qué detiene el análisis, si éste toma rumbos que desea evitar.

Para iniciar una discusión valorativa puede emplearse tanto las hojas de valores y sus versiones más breves, como otros medios que están al alcance de los docentes, como son las citas célebres, las fotografías que presentan un relato y que pueden ser vistas por todos los alumnos, los editoriales y cartas al director de los periódicos, letras de canciones populares, la publicidad, las historietas, noticias recientes, películas que han sido vistas por la mayoría, programas de radio y televisión, etc., todos los cuales plantean o una alternativa valorativa o presentan lo que podríamos denominar un antivalor.

El autor que se ha empleado principalmente como referencia en este trabajo, Louis Rath, propone veintiuna estrategias clarificativas específicas en su obra ya citada, y que se señalan en el anexo. Además se recomienda la obra de Leland W. Howe y Mary Martha Howe *Cómo Personalizar la Educación*, en la cual se propone una rica variedad de estrategias educativas basadas sobre las ideas de Rath.

En el marco de esta presentación me detendré brevemente en dos de éstas, por sus particulares implicancias en la materia y su aplicabilidad,

que son la “interpretación de roles” o “role-playing” y las “oraciones inconclusas”.

El role-playing constituye una buena oportunidad para que los alumnos analicen sus sentimientos no reconocidos ante una situación y mejoren la comprensión de sí mismos. El docente plantea la situación, selecciona a los participantes y describe la trama inicial, asignando la estructura básica de los papeles o roles. Durante el desarrollo de la trama puede incluir nuevos personajes para activar el diálogo. No es necesario que la trama se agote, alargándola innecesariamente; es más conveniente que esa sea breve y se finalice con una discusión en torno a cómo se sintieron los participantes y los observadores, y si habrían hecho lo mismo en la vida real, o habrían actuado de otra forma.

Las oraciones inconclusas sirven para que el alumno señale por escrito individualmente algunos de sus indicadores de valores y medite respecto a alternativas y sus consecuencias, promoviendo la reflexión. Raths propone como ejemplo algunas como las siguientes:

- Con un regalo de 50.000 pesos yo haría . . .
- Mis días tristes son . . .
- Estoy ansioso de poder . . .
- Mis hijos no tendrán que . . . porque . . .
- Yo creo . . .
- Secretamente deseo . . .

La aplicación de cualquiera estrategia para la formación y clarificación de valores deberá, en todo caso, manejarse inicialmente con prudencia, manteniendo la reserva del origen de las opiniones y pensamientos, hasta que los alumnos se acostumbren a respetar el pensamiento de los demás, se atrevan a analizar puntos de vista discrepantes, sin caer en la crítica inmediata y descalificadora, y adquieran la madurez de escucharse con respeto y de analizar distintas alternativas de una situación y sus consecuencias, antes de tomar partido por una posición.

Por parte del docente, la aplicación de alguna estrategia en la formación de valores va a significar una decisión personal, la decisión de enfocar la educación en el alumno y en su experiencia; en el respeto básico por la persona del alumno como un ser en desarrollo al cual debemos facilitar su aprendizaje, para que logre ampliar su experiencia y cumplir sus metas personales en la vida. Significará, además, volver a enfocar la educación en el que aprende y no en el contenido por sí mismo, con lo cual es posible que logremos que el estudiante vuelva a interesarse por la educación como un lugar de vida, y no siga alejado de ésta y sólo orientado al confuso mundo exterior.

ANEXO °

Los indicadores de valores:

1. Metas o propósitos
2. Aspiraciones
3. Actitudes
4. Intereses
5. Sentimientos
6. Creencias y convicciones
7. Actividades
8. Preocupaciones, problemas, obstáculos

Tipos de problemas de conducta relacionados con los valores:

1. La persona apática, distraída, indiferente
2. La persona voluble
3. La muy insegura
4. La muy inconstante
5. La persona sin meta ni rumbo fijo
6. La persona exageradamente conformista
7. La persona que habitualmente se opone a todo
8. La persona que "interpreta papeles", que actúa aparentando otra personalidad distinta a la suya propia

Treinta respuestas clarificativas:

1. ¿Es esto algo que tú aprecias?
2. ¿Estás contento con ello?
3. ¿Cómo te sentiste cuando eso sucedió?
4. ¿Pensaste en algunas otras alternativas?
5. ¿Hace ya mucho tiempo que piensas así?
6. ¿Fue eso algo que tú mismo seleccionaste, o escogiste?
7. ¿Tenías que seleccionar eso; fue una libre elección por tu parte?
8. ¿Estás haciendo algo respecto a esa idea?
9. ¿Puedes darme algunos ejemplos de esa idea?
10. ¿Qué quieres decir con -----; puedes definir esa palabra?
11. ¿A dónde llevaría esa idea; cuáles serían sus consecuencias?
12. ¿Harías eso realmente, o sólo lo dices por decir?
13. ¿Estás diciendo que...? (repetir)
14. ¿Dijiste que...? (repetirse de alguna manera distorsionada)
15. ¿Has pensado mucho sobre esa idea (o esa conducta)?

°RATHS, Louis E., véase obra citada en referencias, pp. 275-277.

16. ¿Qué es lo bueno que encuentras en esa idea?
17. ¿Qué es lo que tenemos que suponer para que las cosas resulten así?
18. ¿Es lo que tú dices consistente con...? (hágase notar alguna otra cosa que la persona hizo o dijo, que señale una inconsistencia o contradicción)
19. ¿Qué otras posibilidades hay?
20. ¿Es ésa una preferencia personal... o crees que la mayor parte de la gente debería creer eso?
21. ¿Cómo puedo ayudarte a hacer algo sobre tu idea? ¿Cuál es la dificultad que encuentras?
22. ¿Hay algún propósito detrás de esta actividad?
23. ¿Es eso muy importante para ti?
24. ¿Haces esto con frecuencia?
25. ¿Te gustaría hablar a otros de tu idea?
26. ¿Tienes algunas razones para (hacer o decir) eso?
27. ¿Harías lo mismo otra vez?
28. ¿Cómo sabes que eso está bien?
29. ¿Concedes tú valor a eso?
30. ¿Crees tú que la gente creerá eso siempre?

Veintiuna estrategias clarificativas

1. La respuesta clarificativa
2. La hoja de valores
3. La discusión para aclarar valores
4. La interpretación de papeles
5. El incidente preparado
6. La lección en zigzag
7. El "abogado del diablo"
8. El continuo de los valores
9. Las hojas de pensamientos
10. Las hojas semanales de reacción
11. Las oraciones inconclusas
12. Trabajos escolares analizados en clave
13. Diarios del tiempo
14. Los cuestionarios autobiográficos
15. Las entrevistas públicas
16. La entrevista para tomar decisiones
17. La votación
18. Citas de cinco minutos, sin comentarios
19. Los trabajos de los alumnos
20. Proyectos puestos en acción
21. El método para tener una concepción de sí mismo

ABSTRACT

Prof. Lara examines the changes in human existence in recent times and their impact on education, showing the effects of these changes in the field of values and, consequently on such actions as derive from them. New strategies for the formation and understanding of values are proposed, following the procedure of role interpretation and inconclusive orations of Louis Rathes.

REFERENCIAS

- HOWE, Leland W. y HOWE, Mary Martha, *Cómo Personalizar la Educación. Perspectivas de la Clarificación de Valores*. Aula XXI, Educación Abierta, Madrid, Santillana, 1977.
- RATHES, Louis E., HARMIN, Merrill; SIMON, Sidney B., *El Sentido de los Valores y la Enseñanza*, México, UTEHA, 1967.